

## Un panorama personal de las letras latinoamericanas

### *Papeles americanos*

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2015, 170 pp.

NOS CUENTA Fernando Vallejo en *Logoi: una gramática del lenguaje literario* (FCE, 1983) que el hebreo bíblico, al ser un idioma carente de adjetivos, suple la ausencia de esta categoría gramatical con un complemento de nombre: en la Biblia se lee entonces una “piedra de belleza” en lugar de una “piedra preciosa”; y un “jardín de delicias” en lugar de un “jardín encantador” (igual sucede para expresar el grado superlativo: el “rey de reyes” equivale a “rey realísimo”; y el “cantar de los cantares” a “cantar máximo”). Justo pensé en esta característica morfológica del hebreo cuando intentaba ensayar una idea sobre el lugar que ocupa el escritor Juan Gustavo Cobo Borda en el ámbito de la literatura colombiana. Esta ocurrencia empató con la lectura de una entrevista en la que, ante la pregunta de un periodista bisoño acerca de si se consideraba más un lector o un escritor, Cobo Borda optó por lo primero, a secas: un lector. Agregaría yo, siguiendo el uso del hebreo bíblico, que Cobo, más que un lector, es un lector de lectores.

Numerosos son los libros y publicaciones que testimonian la tenacidad de esta vocación lectora en el transcurso de una carrera alternada entre la poesía, la edición, la diplomacia y la crítica, esta última ejercida siempre con generosidad estética y más cercana a la larga tradición del ensayo literario que a la reciente deformación del término, promovida desde la academia. Con *Papeles americanos*, una colección de ensayos publicada por el Instituto Caro y Cuervo, en una preciosa edición de la serie La Granada Entreabierta, Cobo Borda reafirma su vasta vocación de lector y retoma los fueros del único oficio cuya nobleza está un grado por encima de la lectura: la relectura (“larga fidelidad en la relectura”, nos anticipa en el prólogo a manera de enseña).

Los textos reunidos en este libro, por sus características formales, delatan orígenes y procedencias distintos: algunos conservan el aspecto original de reseñas, otros guardan apariencia de semblanzas y otros más tienen el aliento de ensayos de mayor elaboración. Independientemente de la extensión, todos estos “papeles” —como modestamente los llama el autor— versan sobre un tema común: el nacimiento y ascenso de la tradición literaria latinoamericana del siglo XX. Tras esta afinidad temática no se esconde ningún afán de sistematicidad ni tampoco alienta el propósito de trazar una historia literaria de rigor. Más bien, como lo refleja el diseño del índice —los títulos de los capítulos son puntos dispuestos en el mapa de Latinoamérica—, se trata de escalas, ora largas, ora breves, en la geografía literaria de un continente.

Muchas de las incursiones de Cobo Borda son en territorio conocido: Borges, Neruda, Cortázar, Sábato, Paz... Escritores sobre los que escribir algo podría resultar una tentativa tan vana como acarrear agua de un pozo para verterla en la corriente de un río. Pero no. El lector atento que habita en Cobo Borda sabe hacer suya la frase de Borges, que cita en el capítulo “Volver a Borges”: “He dicho asombro donde otros dicen solamente costumbre” (p. 11). Y, en efecto, todo paisaje que resulta conocido no es más que una falta de observación por parte de quien observa.

Desde luego, las dotes de Cobo Borda no se agotan en el arte de leer desde el asombro; también se deslizan por el entramado de la prosa con alarde discreto, aun cuando este tambaleante oxímoron apenas aporte una idea aproximada sobre el estilo del autor. Escudriñándolo más de cerca, se descubren ciertos recursos formales usados con frecuencia pero no con automatismo. Lector de la monumental galería de ensayos llamada Octavio Paz, aprendió el uso de los dos puntos para imprimirle mayor énfasis al remate de una idea construida con oraciones yuxtapuestas. Refiriéndose a Neruda, dice lo siguiente: “(...) exploró, en sí mismo, las vetas de lo que muere, se desgasta y agoniza: el ser humano” (p. 21). Del capítulo dedicado a Sábato, aquí otro ejemplo del

uso de los dos puntos, precedidos, en este caso, de una vívida enumeración, recurso al que Cobo Borda también logra sacarle lustre: “Crímenes, incestos, suicidios, degüellos, incendios: la obra de Ernesto Sábato...” (p. 17).

Dejando a un lado el ámbito puramente formal, Cobo Borda se vale de un recurso que consiste en traernos escenas de intimismo anecdótico de la vida de los escritores para revelarnos una verdad que no pertenece a la dimensión literaria: José María Arguedas, el máximo promotor del indigenismo peruano, dejó escrito en su testamento que en su funeral quería oír música de violín interpretada por el indígena Máximo Damián Huamán; Borges, con la vista ya ensombrecida por la ceguera, estudiaba runas los sábados con “un pequeño círculo de devotas discípulas” (p. 14); y Neruda, que sabía de “caracoles y pájaros, de piedras y recetas de comida húngara”, evocaba sin remordimientos a su padre ferrocarrilero que “no amaba la poesía pero tampoco soportaba comer solo” (p. 21).

Trae también Cobo Borda noticias históricas ennoblecidas por la extrañeza de su cercanía. En el ensayo “Presencia árabe en el Caribe colombiano”, saca el precioso dato sobre el lento avance del idioma español en el Concejo Municipal de Lórica, cuyas actas para la ya avanzada fecha de 1957 eran todavía levantadas en los caracteres acaracolados del alifato por la contundencia numérica y el ascendiente cultural de la comunidad árabe en el valle del Sinú. En el cercano pueblo de Cereté —donde se comen los mejores quibbes de Colombia—, el poeta Gómez Jattin retrataba el sincretismo con el recuerdo de la abuela lenguaraz que tronaba “mierdas’ en árabe y español”, pero que, una vez quietaba la lengua, despedía “(...) ese vago destello en su espalda / de alta espiga de Siria” (p. 123).

Por los caminos de la poesía, llega Cobo Borda a la gran ínsula idiomática del continente: Brasil. El ensayo dedicado al poeta Mário de Andrade nos introduce en el centro del grupo paulista, una vanguardia de principios del siglo XX poco conocida en el mundo hispano, cuyo contacto con la tradición lusófona, a pesar de tener en común la lengua portuguesa, ha sido

escaso. Rubem Fonseca, el célebre autor de novelas y cuentos policiales, es el otro autor incluido en la nómina brasileña de *Papeles americanos*, aunque el texto dedicado a él sea uno de los menos afortunados del volumen por tratarse apenas de un resumen pormenorizado de la trama de uno de sus libros.

Uno tras otro, siguen asomándose en las páginas de estos ensayos los autores canónicos del siglo XX: Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes... y la lista se cierra, dos generaciones después del Boom, con Tomás González, dueño de una de las voces más sólidas de la actual narrativa colombiana. Queda así completo, con los hallazgos felices de quien revisita viejos entusiasmos, un panorama personal de las letras latinoamericanas. Con su humor habitual, exento de solemnidades eruditas, a la ingenua pregunta de si ya había leído la totalidad de los 28.000 ejemplares que componen su biblioteca —formulada por el mismo periodista mencionado antes—, Cobo Borda deja saber que solo le faltan tres o cuatro libros, pero como todo se va olvidando, dice él, siempre es como si se volviera a empezar. Puede decir con Borges: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”.

**Jerónimo Uribe Correa**